

Carta del Hno. Francisco de Asís a la Vida Consagrada, 2009*

En el nombre de la santa y suma Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os deseo la paz. Amén.

Soy, por gracia, un cristiano medieval (1209), y de ninguna manera podría dialogar con vosotros desde vuestras categorías actuales; no pretendo tampoco confrontar nuestras cosmovisiones diferentes y quizás irreconciliables; quisiera, sin embargo, poder compartir con vosotros, en la comunión de los santos, lo más precioso de mi vida y de mi caminar, en el tramo de historia que me tocó vivir: mi pasión por Jesucristo, nuestro Señor, y mi pertenencia a su Iglesia, que fueron haciendo de mí, con la acción del Espíritu Santo, una *criatura nueva*. Siento que, no obstante los siglos que nos separan, también para vosotros es vital encontrar *fuentes de vida*, que llenen de sentido vuestro caminar y sacien la sed de eternidad que todos llevamos dentro, como una herida bendita que tira de nosotros, para enfrentar la muerte que nos persigue irremediabilmente a causa de nuestra naturaleza finita, y que el santo apóstol Pablo llamaría pecado.

Esclavo de la admiración de mis paisanos, y de los intereses ambiciosos de mi familia, me sorprendió el Señor, e irrumpió en mi

vida por pura iniciativa suya, como en la de Abrahán, Elías, Amós, Jeremías, María..., y en la de otros tantos. Después de dura lucha, que duró años, comprendí que el Evangelio que el Señor me iba enseñando por

(*) Queridos lectores/as, perdonad esta licencia literario-pastoral. Le agradezco a Fr. Joaquín Á. Agesta Cuevas, Ministro Provincial de los Franciscanos Conventuales de España, este escrito en boca de san Francisco de Asís. Creo que son una verdadera declaración de principios de este buen fraile bajo la mirada del *pobrecito Francisco* y, por tanto, desde la oración, la esperanza y el buen y pacífico ánimo franciscano.

dentro, era el *verdadero tesoro* de mi vida, aunque estuviera escondido y, es verdad, que aprendí muchas cosas de memoria de las predicaciones en la catedral de San Jorge, allí en Asís. Lo recibí al amparo y de la mano de una Iglesia moralmente pobre y, en su fidelidad al Maestro, muy deteriorada. Alguien me decía en lo más íntimo de mí, con una fuerza desconocida, que no había vida verdadera lejos de lo que ella enseñaba y comunicaba. La prueba de fuego, que me aseguró autenticidad en lo que me estaba sucediendo, fue que aquella aventura me llevó a servir y abrazar con decisión a los leprosos. Muchos grupos de hombres y mujeres valiosos y buscadores sinceros en aquellos años vivían mi misma inquietud, pero no fueron capaces de sacrificar su saber y su búsqueda de perfección por la fidelidad del amor encarnado en pobres estructuras humanas, erosionadas por la afección de lo temporal, como el mismo Hijo de Dios, nacido de una Virgen pobrecilla de la que tomó nuestra carne, y que vivió como pobre y peregrino entre nosotros, y murió desnudo y pobre en una cruz... En todo esto tuvo comienzo una relación de amor que considero central en la vida del seguimiento del Señor; ya sé que hay muchos rasgos del Evangelio que crean formas distintas de ir tras Jesucristo, reproduciendo en el mundo su amor y su bondad, sacramentos del Padre; ya sé que hay que ser astutos como serpientes y sencillos como palomas, y que los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz y que la transmisión de la fe requiere estar con los pies en este mundo y aprovechando inteligentemente los recursos que tenemos a nuestro alcance para facilitar la transmisión del mismo Evangelio; pero nada es más fuerte y atrayente que el amor, y sin amor yo no hubiera seguido adelante. ¡El amor es el motor de nuestra vida consagrada! Todo fue iniciativa que no partió de mí, ni guiaba yo, (¿recordáis?...), la iniciativa fue siempre Suya, y ¡yo aprendí a obedecer! Toda aquella aventura se me fue haciendo apasionante y “dulce” sin conocer final.

Mi desasosiego de los primeros años, mi búsqueda posterior y mis primeros pasos en una vida que quería ser evangélica, provocó interrogantes y rupturas en amigos que siempre me habían sido fieles, y en otros que me observaban a hurtadillas: Asís era pequeña y nos conocíamos todos. Dios me dio compañeros y, con la acción del Espíritu Santo, fuimos haciéndonos y reconociéndonos como hermanos. Nuestro patrón de vida, fuimos comprendiendo que el Señor nos lo daba en vivir el Santo Evangelio: las bienaventuranzas, el estar en la vida del lado del Hijo del Hombre que no tiene donde reclinar la cabeza, aprender a perdonar a los enemigos de corazón sin pretender que fueran mejores cristianos, el dar la vida como el Cordero inocente y fiel al Padre, antes que dejar tirados a los que el Señor había puesto a nuestro lado... ¡Fueron los trazos que marcaron nuestra “itinerancia” por los caminos de la vida!... Y, al final, dar la vida como el Maestro, en los plazos de un amor que aprendió a no calcular,

hasta encontrar la verdadera alegría en un amor perdedor por los hermanos, padeciendo incluso persecución y descrédito.

Ésta es la segunda fidelidad que veo que no ha cambiado en la vida del seguimiento evangélico, de mil maneras expresada por fundadores y fundadoras a lo largo de toda la historia de la Vida Religiosa. No hay fecundidad apostólica verdadera, ni identidad propia o de grupo, fuera de la comunidad reunida por el Señor y en su nombre. No hay verdadero seguimiento del Señor sin dar la vida, como Él, que todo lo entregó a los suyos aún sabiendo que nada habían comprendido, y que le habrían de abandonar poco después. Si no nos vivimos cada uno como hijos amados del Padre, difícilmente podremos acoger en nosotros el don de la fraternidad que nos va haciendo amar por encima de los modos que nos sugiere nuestra propia carne. Estamos llamados a amar con el corazón de Dios. ¡Me produce rubor y temblor decir esto, pero os animo a que confiéis en esta promesa del Señor! Yo la viví, aunque torpemente; me costó muchos sufrimientos, lloros y crisis, pero Dios hizo las cosas a su manera.

¡Son preciosos los hermanos y hermanas que no producen, pero viven humildemente una entrega en amor gratuito que nos evangeliza! ¡Qué importante fue para mí la oración, la paciencia y el silencio fiel de Clara! me hicieron comprender que sólo Dios basta, y el retiro humilde y evangelizador de Silvestre, de Bernardo y de otros... *“¿Por qué os afanáis por el mañana como si todo dependiera de vosotros?... Mirad los lirios del campo y los pájaros del cielo... El Evangelio hace nacer en nosotros nueva mentalidad. Algo me dice que hoy estáis necesitados de relativizar desde la fe vuestras seguridades, vuestro afán previsor que os devora, romper vuestras vallas protectoras que os distancian de los pobres y de los que, sin saberlo, más necesitan el don de Dios que pueden intuir en vosotros.*

No pretendáis nada lejos de la comunión con la Iglesia; aunque vuestras razones fuesen mucho mejores, sin amor las razones se agotan y se revelan como formas de narcisismo encubiertas, que nos enredan en mil contradicciones. ¡Qué oportunidad tan preciosa en vuestra pobreza numérica!: podéis vivir una comunión verdadera en fraternidades internacionales, interculturales, donde el centro de la vida sea seguir a Jesús y repartir por el mundo su presencia con gestos que hemos experimentado en nuestra familia comunitaria, primer espacio de evangelización; qué oportunidad tan preciosa de compartir haciendo de la Vida Religiosa una gran parábola de la familia humana llamada a sentarse toda ella en la mesa del Reino de Dios.

Nunca ha sido fácil ni cómodo ser testigos del Señor: el Evangelio es una fuente inagotable de vida y allí donde penetra, como la sal en la herida, quema, escuece y regenera. Sé que incomoda la verdad, y la fuerza de la

Vida desenmascara oscuros intereses, a menudo inconscientes, y vienen las persecuciones y los descréditos -¡lo de siempre, somos los humanos tan frágiles, aunque parezcamos de hierro!-. Con cuánto gozo observo a tantos hermanos y hermanas que no salen en las entrevistas ni en los medios modernos, los veo entregando sus vidas cada día entre los pobres, haciendo recuperar la dignidad de hijos de Dios a los últimos de este mundo, siendo sacramentos del Hijo de Dios que pasó por el mundo haciendo el bien. Hace mucho tiempo que sobre nuestra querida y vieja Europa siento que planea el icono del profeta Ezequiel con el "atillo" a la espalda (Ez 12, 1-16) como una llamada urgente, invitándoos a nuevos éxodos que os piden una renovada confianza en el Señor, dejándoos llevar por nuevos caminos con retos de nueva fidelidad a Jesucristo, que es el mismo ayer y hoy si siempre. Las nuevas generaciones esperan pasos nuevos, libres del lastre que se os ha ido adhiriendo con el paso de los siglos; así también ellos podrán ser fieles a la llamada de Jesús, sin rebajas, sin ambigüedades y poniendo toda su fragilidad en manos del Señor para que realice con ellos un nuevo tiempo de gracia para la humanidad.

No hay misión verdadera si no está Él, si no es Él el centro de vuestro anuncio y denuncia, si no tiene Él la iniciativa de vuestros planes evangelizadores, si no os dejáis despojar de vuestros saberes, modos e intereses, si no nace en vosotros la santa *indiferencia espiritual*.

Hermanos y hermanas de la Vida Religiosa del siglo XXI, ¡ánimo!. Grandes cosas prometisteis al Señor, más grandes os serán dadas, porque la fidelidad y el amor del Señor, que tantas veces cantáis, en verdad duran por siempre y son grandes, y su misericordia incalculable es. El miedo siempre estará al acecho, que no se apodere de vosotros, no temáis y confiad siempre en Él. Yo tuve que aprender, con lágrimas y mucho sufrimiento, que la fraternidad era su obra, que a Él sólo le pertenecía, y que yo tan sólo fui un *siervo inútil*, pero amado. No temáis al despojo y a la pobreza, sólo Él es la verdadera riqueza que llena la vida, y ningún siervo puede servir a dos señores.

Vuestro hermano, pequeñuelo, de Dios y vuestro siempre siervo.

Francisco de Asís